

## El campo de la historia reciente. Entrevista a Alejandro García<sup>1</sup>

Nélida Eiros

Universidad de Buenos Aires

---

—Me gustaría que nos reseñara su formación académica...

—Tuve la oportunidad de educarme en la Central de Barcelona durante unos años excepcionales (el tardo franquismo de los setenta) y recibir formación de un plantel de profesores excelentes. El plan de estudios de aquella época me permitió diseñar mi currículum según mi vocación e interés. Es cierto que obtuve una licenciatura en Historia Moderna y Contemporánea, pero que incluía materias en los departamentos de Antropología, Filosofía, Economía, Psicología, Teatro, Urbanismo y Sociología.

—¿Ha tenido maestros de relevancia?

—En filosofía a Manuel Sacristán, o a Fernández Buey, en economía a Vidal Villa o a Fabián Estapé, a gentes relevantes de la cultura catalana como Ricardo Salvat. A Jordi Borja y a Solé Tura por hablar de ordenación urbana o derecho político. Y a historiadores, entonces ya consagrados, marcados muy directamente por Vicens Vives, como Nadal, Fontana o Giralt, y a otros todavía no tanto (Martínez Shaw y Aracil por ejemplo). Para un joven veinteañero, asistir paralelamente a seminarios o conferencias que eventualmente dictaban P. Vilar, R. Carr y otros tenía una intensa carga emotiva. Fetichista, incluso, diríamos.

—¿Se considera parte de una corriente historiográfica o de un grupo intelectual?

—No exactamente, si buscamos perfiles concretos. Por lo menos desde el punto de vista "técnico". Hace unos días, mi amigo Bernard Vincent me presentaba ante un auditorio, precisamente argentino (el Congreso de Historia Moderna y Contemporánea realizado en Rosario, en octubre de 2002), como "historiador independiente". Y de verdad me encantó el concepto. Creo que es la aproximación que mejor define mi trabajo y trayectoria, o por lo menos es en la que me siento más cómodo. A lo largo de los años he ido desligándome de los aspectos más estériles del formato académico, como por ejemplo la necesidad compulsiva de publicar, de reinterpretar hasta el agotamiento, de medir en gramos el papel impreso, en suma, de vivir sometido a la inhumana presión del escalafón o el rango. Esto me ha proporcionado una gran libertad de elección, tanto para abordar temas como para fijar mis plazos. Por tanto, soy ajeno, inevitablemente, a

corrientes o grupos, entendido en sentido orgánico. Pero qué duda cabe que a todos en nuestra generación nos une el hecho de vivir una experiencia póstuma, de haber internalizado (porque hemos sido coetáneos) los hallazgos, inmediatamente incorporados a la interpretación de la vida y la naturaleza, que han variado la mirada que generaciones anteriores tenían sobre el pasado y el origen de los hechos, en el caso de los historiadores. ¿Quién, desde la obra de Foucault, va a tomar en serio la naturalidad inocente de las relaciones humanas? ¿O después de Geertz, pensar que el etnólogo no es sino otro fabulador más? ¿O tras Kapuscinsky no entender que el mundo de la información de masas se nutre de lugares comunes, tópicos y mistificación? ¿O que tras los impresionantes descubrimientos de Luis y Walter Álvarez (en el campo de la física y la geología) sobre las extinciones en masa del Cretácico/Terciario, el azar en forma de catástrofe modela y regula la evolución de la vida? Son ejemplos, ciertamente aleatorios, pero que nos sitúan en los albores de un nuevo paradigma. Nadie que se dedique a pensar y analizar podrá prescindir de lo obvio, de las evidencias ya innegociables, si quiere que su trabajo tenga valor trascendente. Son estas certidumbres las que nos impelen como historiadores a usar toda la gama de miradas disponibles (un panopticum interdisciplinar) para seleccionar, tratar y relatar las historias que queremos dar a conocer. Dicho esto, considero que carece de relevancia la pertenencia o afinidad a un grupo intelectual; lo importante, en todo caso, será darle sentido a las preguntas que demanda nuestro momento de civilización.

—¿Cuáles fueron sus ámbitos de investigación y cuáles los motivos de su elección? ¿Considera que existe un paralelismo entre sus preferencias académicas y una cierta evolución del interés de índole política general europeo o español?

—Mi natural indagador me ha llevado a escenarios variados en los que he pretendido comprender por qué y cómo han ocurrido las cosas. Lo mismo en la sierra Tarahumara al norte de México, en la ciudad de Buenos Aires, en la selva del Magdalena Medio colombiano o en el desierto del Sahara. Pero tras esta diversidad, ahora finalmente me doy cuenta de que hay algo que unifica mi trabajo, una especie de eje transversal: la manera en que la violencia interfiere, regula y modela los comportamientos humanos. Lo que me condujo hasta los indios de Chihuahua, a principios de los ochenta, fue biografiar cómo los 50.000 tarahumaras que aún quedaban habían sido capaces de conservar su genuino esquema de vida a pesar de 300 años de acoso y cerco del universo cristiano. Se trata de una de las zonas del norte mexicano de mayor presencia misional con una densa red de misiones y parroquias. A pesar de ello, ahí seguían esos contumaces indios que no se habían dejado canibalizar; al contrario, fueron ellos los que acabaron fagocitando a los tenaces jesuitas. No se enfrentaron a la iglesia como hicieron tepehuanes o apaches (que por cierto acabaron desapareciendo), sino que les abrieron los brazos y los estrecharon en un abrazo pero, como en el de la boa, los dejaron sin oxígeno, y los misioneros acabaron tarahumarizándose hasta acabar en la frontera de la superstición

y el ritualismo nativo, según interpretaba la jerarquía de México. Su ethos sobrevivió porque los indios desplegaron una estrategia, seguramente no deliberada, de flexibilidad, en un ejemplo de ductilidad y oportunismo. Lo que precisamente está en las antípodas de la experiencia vivida por Argentina en los sesenta y setenta, donde una sociedad cada vez más crispada en sus divergencias se desliza hacia una virtual guerra civil. Es cierto que la época y el lugar geográfico (América Latina) conspiraron para conducir a Argentina hacia ese pandemónium, pero hay algo diabólico en la eficacia con que los actores sociales se empeñaron en ello, como si de un juego se tratase. Es un estereotipo de cómo se fabrica el disenso. La siguiente historia que relaté ocurre en Colombia y paradójicamente su eje gravita sobre la construcción del consenso. En la región más azotada por la guerra del país más legendariamente violento, una comunidad de campesinos/colonos de selva (en las riberas del río Carare) debió de romper con viejas rutinas que los habían conducido al exterminio, al autoexterminio para ser sinceros. En el centro de un territorio disputado por la guerrilla FARC y los paramilitares apoyados por el ejército, los campesinos proporcionaban los muertos que unos y otros se tiraban habitualmente sobre la mesa. Pero los campesinos, por miedo y por supervivencia, hacía tiempo habían dejado de ser inocentes y habían aprendido a utilizar en beneficio privado el poder de las máquinas militares. La intriga y la delación eran un mecanismo para satisfacer ambiciones privadas. Quitarse de en medio un competidor, conseguir los bienes del vecino, tener poder sobre la vida y la muerte, en suma. El ambiente emponzoñaba los espíritus. En algún momento la comunidad entendió, en un raptó de clarividencia, que para salvarse de la guerra exterior que los exterminaba debían primero ellos mismos salvar su interior. Un día decidieron decir “no” a los señores de la guerra y acabaron ingeniándose consignas que nunca han dejado de sorprenderme, como “antes morir que matar”, “entender a los que no nos entienden” o “tenemos que aprender a aprender”. El Carare se convirtió desde 1987 en territorio libre de armas y, que yo sepa, fue la primera experiencia colombiana de resistencia civil a la violencia. En 1996 se publicó en España mi libro *Hijos de la violencia*. Durante los años que frecuenté Colombia (1993/96), nunca dejé de sorprenderme de la hipnótica fascinación que la violencia ejercía sobre las gentes, era un fenómeno sobrediagnosticado. Cientos de títulos y de investigaciones aparecían cada año describiendo las múltiples facetas de esa patología.

Creo que mi trabajo fue pionero, y que no se interprete como pretensión, en focalizar la mirada hacia experiencias de paz. Hoy, seis años después, la “violentología” ha perdido interés. Si consultamos los títulos que hoy se editan observaremos que son las historias de resistencia civil y la resolución no violenta de conflictos las que ocupan el interés. Y aquí respondo a la segunda parte de su pregunta: mi “preferencia” por contar una historia como la de los campesinos del Carare, conecta con una de las preocupaciones más sentidas en este momento por la ciudadanía europea: la defensa de los derechos humanos. Una de mis preocupaciones esenciales es la de dar a conocer, es decir cata-

pultar a la visibilidad, una serie de experiencias ejemplares que, aunque para el negocio de la información carezcan de interés noticiable, nos transmiten, en cambio, valores de una profunda verticalidad moral y que a la larga tienen un efecto multiplicador.

—Su último libro *Historias del Sahara*<sup>2</sup> alude a un mundo fascinante y desconocido, que además ha tenido un éxito considerable. Cuéntenos acerca de las condiciones de su producción...

Al desierto llegué, en parte, por casualidad. Fue un compromiso personal con un grupo de amigos, académicos unos y filántropos de la cooperación otros, quienes desde tiempo atrás estaban vinculados a los refugiados saharauis que desde hace 26 años malviven en los campamentos de Tinduf (sur de Argelia). Acepté la propuesta de contar la historia de este largo exilio, y ahí me vi embarcado en un mundo del que desconocía casi todo. Ha sido, sin duda, mi mayor reto profesional, aunque eso no lo imaginaba el día que acepté la propuesta. Mis conocimientos previos eran los del español informado, pero poco más. Sabía que la antigua colonia española del Sahara Occidental se descolonizó muy tardíamente (1975) y de manera anómala, que España desde su presencia en el territorio (1885) había mantenido una relación con los beduinos nativos trufada de paternalismo y de fascinación por el nómada, y que hasta 1950 el territorio sólo tenía interés estratégico y militar. El descubrimiento y puesta en producción del mayor yacimiento africano de fosfatos convirtieron de pronto a la colonia en un importante polo de desarrollo industrial al tiempo que los nómadas se convertían en trabajadores asalariados. La sedentarización del nómada resultó ser la revolución civilizatoria más profunda de la vivida durante milenios en el desierto. Ellos, que venían de ancestrales tradiciones de pastores y guerreros, accedieron en diez años a la casa en la ciudad, al automóvil, la televisión, el teléfono y el marlboro. En 1970 disfrutaban de la mayor renta per capita africana, claro está que eran pocos a repartir (100.000 saharauis en el territorio). Esta endeblez numérica era precisamente su mayor debilidad. Sobre lo que ocurrió en el año de la descolonización (1975), tenía un conocimiento somero, sabía que el vecino del norte (Marruecos) ambicionaba el territorio y que su rey Hassán II presionaba tanto a Naciones Unidas como al propio gobierno español para que descartara el referéndum de independencia tal como había acordado la Asamblea General. Efectivamente, la consulta nunca se celebró porque Marruecos, con el acuerdo implícito del gobierno español en los días en que Franco agonizaba, invadió el territorio y presentó al mundo los hechos consumados. En ese momento yo era estudiante en la Universidad de Barcelona y, a pesar de que todo lo relativo al Sahara era "información clasificada" y que la censura franquista la filtraba hasta hacerla incomprensible, sabíamos que un movimiento guerrillero local, el Frente Polisario, se estaba enfrentando con enorme desventaja militar al ejército ocupante de Marruecos. Incapaces de parar el rodillo, se retiraron a Argelia llamando a la población civil a que se reuniera con ellos en el exilio. Fue cuando se levantaron los primeros campamentos de refugiados. Las mujeres en la

retaguardia de Tinduf y los hombres enrolados en una guerrilla que durante 7 años de guerra del desierto tuvo locos a los estrategas marroquíes. Para nosotros, en España, el Polisario y la resistencia beduina encarnaban la defensa de una justa causa y nos deslumbraban por su infinita capacidad de resistencia y dignidad.

Cuando veinte años después, en 1997, entré por primera vez en contacto con los refugiados en el desierto, comencé a intuir que la complejidad de la historia exigía que olvidara las simbologías éticas que desde antaño tenía instaladas en mi propia “memoria automática”. Y que, desde luego, la historia del Polisario y los saharauis refugiados era un eslabón más de la viejísima cadena de hechos que habían modelado las experiencias ancestrales del desierto. Por ejemplo, al incorporar en “Historias del Sahara” el episodio de los al-morabitum (almorávides) en el siglo XI, no estaba haciendo una elección racional, sino dando espacio a un hecho que inevitablemente tenía que estar presente. Tanto Yassín en el siglo XI como El Uali en el XX fueron personajes que incendiaron a sus gentes con estrategias e itinerarios asombrosamente similares, los incitaron a la misma yihad y les prometieron el mismo destino de mártires gloriosos, hablaban con los mismos giros e incluso vestían la misma ropa, la darráa. La civilización del gran desierto es de las más estáticas del planeta; los brutales imperativos ecológicos dejan al hombre poca capacidad de elección, y tanto sus usos de vida como las relaciones humanas responden a un formato ya consagrado, alérgico a las modificaciones. Para el nómada sahariano, en cambio, el respeto a los códigos de vida fijados ya en la noche del tiempo no es una elección sino una cuestión de sobrevivencia. En lo esencial, su formato de vida no ha variado; la única novedad es el tiempo invertido y la rapidez de la comunicación, es decir, el coche para desplazarse y la radio para oír noticias. Lo demás, inalterable. Es un pastor de camellos que, hoy como ayer, organiza sus ciclos y toma sus decisiones vinculadas siempre al bienestar y reproducción de su manada. Mientras en el desierto siga habiendo hombres y camellos podremos hacernos la ilusión de que el tiempo está congelado. De ahí que si quieres escribir una historia verosímil tienes que conocer el desierto, haberte movido en él hasta el agotamiento, saber el nombre de las montañas, de los torrentes, de los pozos o de las grandes dunas. Saber lo que es la vida en un fric (campamento nómada), compartir la cotidianeidad de las gentes. Para mí, penetrar en ese ámbito hasta acabar siendo un personaje ya habitual fue posible gracias al apoyo logístico del Polisario, quienes me brindaron vehículos, combustible, guías, contactos y todo lo necesario. En ese aspecto les agradezco su colaboración.

—Usted ha recurrido a diferentes tipos de fuentes, testimonios orales, crónicas de militares coloniales, de sabios bereberes, ensayos, libros académicos. ¿Cuáles fueron las dificultades para realizar esta investigación desde este punto de vista?

—Paradójicamente, la mayor dificultad fue la de hacerme con información útil que me permitiera entender qué había ocurrido en los últimos 25 años. Parece asombroso pero fue así. Sobre el pasado remoto (la explosión almorávide, la islamización del Sahara

o la ocupación árabe) las universidades europeas han producido suficiente material; lo que me interesaba en todo caso era contrastar estas "historias occidentales" con las percepciones y leyendas que sobre esos hechos estaban depositadas en la memoria de los sabios beduinos y en las mismas bibliotecas ambulantes de los escritores y poetas del desierto. Era indispensable saber, por ejemplo, qué habían escrito sobre su propio pasado gentes como Chej Mohammed el Mami o Mohammed Tolba, por hablar de dos mitos de la sabiduría beduina que vivieron en el siglo XVIII. O qué tipo de relatos se hacía en la poesía clásica beduina de las guerras intertribales, poesías que habían pasado de boca en boca desde el momento en que se escribieron hace siglos. Sobre el pasado colonial me resultaba también interesante contrastar las opiniones europeas con las nativas. Es fascinante leer las reflexiones y los libros de memorias que los militares españoles colonialistas dejaron sobre su experiencia sahariana. Se trata de literatura romántica, pero de la mejor. El desierto y sus gentes los cautivaron y los inspiraron para escribir páginas de mucha belleza. Basta leer a Bonelli, Bens Argandona, Clemente Mulero o tantos más. Conocí a nómadas centenarios que habían llegado a tratar a estos personajes y los recordaban con precisión. Sus palabras para mí eran el contrapunto a relatos que yo conservaba vivamente en el recuerdo. Más áspero, por monótono, me resultó recomponer, por ejemplo, el abultado dossier diplomático generado por el caso: resoluciones de la UN o de la OUA, dictámenes consultivos de los tribunales internacionales, actas de sesiones de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, declaraciones y acuerdos de la diplomacia internacional, etc. De todas formas, insisto, la mayor dificultad a la que me enfrenté fue la de indagar en la historia del último cuarto de siglo. El mayor problema fue conseguir evadirme de la ingente masa de libros y artículos que se habían escrito sobre el Polisario y sus gentes, sobre los últimos 25 años. La mayoría de las miradas (por no decir todas) reiteraba una interpretación estándar que no resistía una cata vertical. Los aproximadamente 150 títulos editados (recogidos en el ISBN español y francés) parecían estar escritos por la sección de información y propaganda del Polisario. De toda esa masa, sólo me fueron útiles el libro del mauritano Babá Miske (*L'Âme d'un peuple*) escrito en 1977 y el del británico Tony Hodges (1987). Si quería contar algo que valiera la pena debía bajar a la mina y conseguir que la gente común me abriera su cabeza y su alma. Trabajé al principio como un minero que explora un pasadizo sin luz, hasta que la luz fue haciéndose más potente y pude por fin entender lo que había ocurrido en esa galería fantasmal. Para mi trabajo dependía, casi exclusivamente, de lo que los refugiados quisieran contarme sobre sus experiencias, y yo sabía que hasta ese momento siempre se habían limitado a repetir (a periodistas e investigadores) respuestas estándar reforzando los tópicos: que habían sido expulsados de sus tierras, que en el exilio vivían un proceso interno democrático ejemplar con un experimento igualitario de exquisita humanidad, conducido por los líderes más sabios y valientes nacidos jamás en el desierto. Pero tras dos años de trabajo, con miles de kilómetros recorridos, cientos de entrevistas seriadas y miles de contactos personales,

pude al fin componer un mapa de los hechos que difería notablemente del cliché. Lo que los refugiados habían vivido no fue una isla utópica sino un infierno. Encerrados, literalmente, en la hamada de Tinduf y monitoreados por los servicios de inteligencia de Argelia, el Polisario gobernaba a sus gentes con estricta ferocidad totalitaria. Un grupo dirigente extremadamente joven y despótico utilizó la “causa” para blindarse en el poder y asegurar sus privilegios, creando cárceles clandestinas donde desaparecían en vida los ingenuos, los idealistas, los que aportaban matices, los que se expresaban con sentido común o simplemente los que tenían voz propia. Se hizo común la delación, y la paranoia envolvía la atmósfera. Oleadas de detenciones llevaron a la cárcel a miles de personas y varios cientos murieron bajo torturas. El gran patrón argelino no sólo estaba al corriente sino que entrenaba a los represores en sus academias de policía. Y todo esto ocurría sin que los miles de cooperantes o cientos de periodistas que acudían periódicamente a los campamentos tuvieran la menor idea. La conjura de silencio se alimentaba del miedo a la represión interna o del miedo a que la opinión internacional conociera los hechos y cortara la ayuda humanitaria de la que eran absolutamente dependientes. Una revolución interna en 1988, protagonizada por mujeres, puso fin a esta locura, aunque el patrón argelino no permitió que cambiara el cuadro dirigente. Desde entonces los campamentos se han ido desinflando con un goteo perpetuo de gentes que consiguen salir al exterior.

¿Por qué fui yo capaz de ver lo que otros no habían visto? Sin duda por una cuestión de oportunidad. Durante demasiado tiempo, 120.000 refugiados habían compartido un secreto demasiado pesado. También los sobrevivientes de la represión fueron perdiendo miedo y tímidamente comenzaron a reivindicar los injustos sufrimientos de los que habían sido víctimas. El azar quiso que yo estuviera allí para oír, es decir, que ese fuera “el tiempo de la sinceridad”.

—¿Y qué impacto ha provocado su libro?

—Desde luego sorpresa para el lector español, e incredulidad para la legión de amigos de la causa saharauí. Para el staff de la cooperación que se ha profesionalizado en la ayuda al Sahara provocó un gran malestar, porque para ellos el libro no es oportuno, “todavía no es el tiempo de las verdades”. En los campamentos hay cientos de ejemplares circulando y miles de lectores que lo han acabado; desde hace un año es un “best seller del desierto” y sobre todo para la gente común, especialmente para los sobrevivientes de la represión, es simplemente “su libro”. Lo que pueda decir al respecto la Secretaría Nacional del Polisario carece de relevancia. Era inevitable que alguien escribiera este libro que rompe un tabú, normaliza el pasado y libera de un lastre. Tengo demasiados amigos en el Sahara y tan profunda estima y respeto por ese pueblo como para desinteresarme por su suerte.

—Su libro se llama Historias del Sahara. En inglés existe la diferencia entre stories

y history. ¿Qué nos puede decir de su elección? Y por otra parte, “ el mejor y el peor de los mundos” ¿puede leerse como la tensión entre una tradición idealizada y una modernidad que no termina de entregar sus beneficios?

—Efectivamente, nunca pretendí escribir una historia definitiva (que por otra parte tampoco sé qué es). Como máximo, dibujar un esbozo de hechos, situaciones, personas o relaciones que brindaran una cartografía verosímil del pasado. Una más de las posibles. La considero, además, una historia abierta que estoy seguro va a ser completada y mejorada en el futuro por nuevos cronistas. Sobre el subtítulo “El mejor y el peor de los mundos” la lectura que usted plantea es verosímil; ciertamente en la mitografía del desierto, el pasado sigue interpretándose como leyenda y luz, frente a un presente complejo y por tanto inmanejable. Pero también puede aludir a la contradicción humana, a la bivalencia que nos hace albergar una permanente tensión, por ejemplo, entre lo feo y lo bello, lo honesto y lo vil, el valor y la cobardía, la verdad y la mentira. Y esa contradictoriedad afecta también a un momento, a una época. “Fue el mejor y el peor de los tiempos, tiempos de sabiduría y de locura, de fulgor y de tinieblas, de esperanza y desesperación” escribía Ch. Dickens en *Historia de dos ciudades*.

—Sus primeros capítulos analizan el mundo beréber en sus aspectos más tradicionales, previo a la colonización, porque nos parece “fascinante” a los occidentales. A usted ¿en qué medida lo fascinó?

—El desierto siempre fascina. Una brutal y agresiva belleza, en la que la tierra muestra su íntima verdad y deja al hombre atónito y desarmado, nos señala como ningún otro escenario la alianza de belleza y muerte. Omito, por ya sabido, la fuerza que esa fusión ha tenido en la tradición romántica occidental y oriental. Similar sentimiento provocan sus habitantes. Seres humanos que desarrollan su vida allí donde ningún otro podría hacerlo, siempre al límite de lo posible y en el umbral más extremo de la sobrevivencia. El nómada del desierto vive consciente de que es una excentricidad en el género humano; se saben únicos y han desarrollado una mitología de sí mismos que les suministra un plus de autoestima y superioridad sobre cualquier otro morador del planeta. Definitivamente se consideran superiores, seres más hechos que los demás, porque sólo ellos son capaces de vivir donde los demás morirían. Los visitantes que históricamente se les han acercado han acabado igualmente contaminados de esa visión. Desde que Ibn Jaldún en el siglo XIV creó la leyenda del nómada, ésta no ha hecho más que alimentarse. En el XIX docenas de jóvenes europeos (Burton, Calloix, Domingo Badía alias Alí Bey, O. Lenz y otros) cruzaron el Sahara, escribieron memorias y sus vidas cambiaron. En el XX los cronistas fueron los militares franceses y españoles, el desierto y sus gentes los habían “enganchado” y nunca serían ya los mismos. En cuanto a mí, baste decir que he sentido las mismas emociones que las de los que vivieron antes.

—Lo quiero descentrar un tanto de su interés general en este libro, hacia una mención muy puntual. En mi tradición familiar se hablaba de la fiereza del grupo de moros, que



como mercenarios acompañaron al Gral. Francisco Franco en la guerra civil. Hasta se contaba que los moros cortaban con su sable el pecho de las mujeres españolas. ¿Esto no entra en contradicción con los códigos éticos que los beréberes utilizaban en sus guerras, tales como no matar a un hombre desarmado, no atacar mujeres ni niños...?

—Los moros de Franco eran en su mayoría rifeños, gentes del norte de Marruecos muy bregados previamente en las guerras con los europeos y en sus luchas intertribales. Beduinos saharianos vinieron muy pocos y precisamente por sus códigos de honor no resultaron muy útiles. Por ejemplo, su lealtad los vinculaba estrictamente al oficial que los reclutaba y con el que firmaban el pacto, no a cualquier otro jefe por muy alto que fuera su rango. Conozco a un viejo saharauí, de nombre Aznan, que estuvo unos meses peleando en el frente de Madrid y Guadalajara; según él la guerra consistía en defender al coronel Méndez (el que lo había reclutado) de una cábila (tribu) a la que llamaban “rojos”. Cuando el coronel cambió de regimiento dejando a Aznan, éste ya no se sintió vinculado y aprovechó la primera ocasión para desertar y volverse al desierto a cuidar sus camellos.

—Quisiera interpretar su libro desde la mirada de Hobsbawm en su Historia del Siglo XX. Permítame arriesgarme a considerar la particularidad del Sahara Occidental, una colonización y descolonización tardía respecto del resto de África, un estado español en los últimos albores de una larga dictadura, una economía beréber, más tarde islamizada, basada en el comercio y la rapiña, en lugar de economías campesinas.

—Hobsbawm es un hombre extraordinariamente prolífico en ideas, y en el libro que cita proporciona una mirada impresionista de gran lucidez. Le valoro mucho la inclusión sin pudor en ese texto de sus propias experiencias y percepciones personales. Efectivamente, la trayectoria del Sahara Occidental ha sido una singularidad, como singular es su excentricidad geográfica y civilizatoria. Su economía siempre giró sobre la ganadería, tanto en la época beréber como islámica; el nómada siente profunda alergia por el cultivo, no le interesa, lo desprecia. El valor de cambio siempre fue el camello, y si no lo tenía, lo robaba. Y para robarlo tenía que pelear jugándose la vida. Usted que ha leído el libro, habrá constatado la importancia de la guerra en el mundo del desierto, de los ghazzis (expediciones militares de rapiña, de ahí la palabra raid) anuales para aprovisionarse de animales, granos y esclavos. Cada año, cuando las manadas habían sido conducidas a los pozos para pasar el verano, los hombres del fusil se enrolaban en grupos de 100 o 200 para caer sobre pueblos más ricos y expoliarlos, a veces a 2.000 km de distancia. Era una incierta aventura en la que se templaban los guerreros y nacían los héroes. Yo la llamaría una “economía del valor”. Entre los saharianos no había un pecado peor que el robo, pero un ghazzi no era un robo sino un legítimo encuentro cara a cara, una digna manera de ganarse el sustento. El ghazzi tampoco era una elección racional, era un indispensable complemento económico para sobrevivir, una licencia que se permitían los hombres del desierto por el hecho de vivir donde vivían. Claro

que de esa necesidad hicieron una leyenda de heroísmo y valor en los que se educaron los ancestros. De hecho, cuando la economía colonial les ofreció la posibilidad de vivir bien sin jugarse la vida como antaño, participaron gustosos.

—¿Cuál fue la influencia que tuvieron en el mundo que usted estudia algunos hitos del capitalismo, como la crisis petrolera del 73 y la caída de los países comunistas?

—Sin duda, el cuadro de los años 70 que Hobsbawm recrea tuvo influencia en el Sahara y en su episodio poscolonial, pero no en forma directa. No veo de qué manera la crisis del petróleo y el enriquecimiento de los países productores pudo influir en los hechos que comentamos. Es cierto que los dos estados que dieron cobertura al Polisario, Libia y Argelia, producían petróleo en gran cantidad, pero también es cierto que el apoyo de ambos a los movimientos liberacionistas de África era muy anterior a la subida del crudo en 1973. El origen del desenlace colonial y el choque traumático que la historia reservaba a este pequeño pueblo hay que situarlos en otros términos. Cuando en 1900 las cancillerías europeas se repartieron África y sus topógrafos diseñaron unas fronteras arbitrarias, sembraban una mina explosiva que estallaría muchas décadas después. El conflicto del Sahara en su origen está motivado por la arbitrariedad fronteriza colonial. ¿Por qué un territorio ocupado por gentes que hablaban la misma lengua y se reconocían como mismo pueblo se encontraba en 1970 desmembrado en 5 estados (Argelia, Marruecos, Sahara Occidental, Mauritania y Mali)? ¿Por qué —se decía en Marruecos— si la Argelia independiente ha recibido como herencia colonial dos millones de km de desierto, nosotros no hemos recibido nada? Cuando en 1975 llegó la hora de la independencia del SO había muchas apetencias sobre él. Para Marruecos no era tanto la riqueza del territorio como su propia expansión territorial, legitimada por el nacionalismo extremo que constituía el eje medular del joven país. Para Argelia, situada más o menos en el bloque socialista, apoyar a los independentistas era una manera de crearle problemas a su vecino y eterno enemigo marroquí y ganar un área de influencia con fachada al Atlántico. Para los jóvenes del Polisario, la riqueza minera y pesquera garantizaba la viabilidad de un nuevo estado en el SO del que ellos serían los nuevos dueños. La vía independentista del Polisario no era inevitable como se ha dicho después, ni la única que se barajaba en ese tiempo. Pero los jóvenes revolucionarios supieron que la música del heroísmo y del valor era la única que levantaría a su gente. Apelaron a la mitomanía ancestral, la que nunca fallaba en el desierto, y a la llamada a las armas para defender el honor. Y eso les permitió pasar a retiro, con muy malos modales por cierto, a la vieja nomenclatura beduina, a los venerables notables tribales acostumbrados desde siempre a la negociación y al acuerdo, los únicos capaces de encontrar vías de salida que no supusieran el exterminio. Ocurrió como en tantos lugares africanos, donde una nueva generación de esquizofrénicos culturales (negros con alma blanca, diría F. Fanon) educados en valores externos asimilaban las nociones en las que el colonialista los educó, fronteras, himnos nacionales, estados burocráticos,

etc. Pero claro está, eso sólo eran conceptos de superficie, debajo no había nada. Una vez clausurada la “democracia bajo el árbol”, ¿qué les quedaba? El vacío.

#### Notas

<sup>1</sup> Profesor de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Murcia, España.

<sup>2</sup> García, Alejandro. Historias del Sahara. El mejor y el peor de los mundos. Editorial Catarata, Madrid, 2002 (2da. edición).